

ARTE DE SABER VIVIR



— PRÁCTICAS SOCIALES —

RECOPIADAS POR

Carmen de Burgos Seguí

CUATRO REALES

Compendio sobre reglas de sociedad recopiladas por Carmen de Burgos para recepciones, bailes, visitas, comidas, teatros, bodas, viajes, lutos, etc. Normas de interior de una casa: mobiliario y su arte especial. Hospitalidad, institutrices, criados.

ARTE DE SABER VIVIR

LA SOCIEDAD

No es lo mismo hablar de las costumbres sociales que de la sociedad misma, de ese torbellino vario y ondulante, luminoso y sombrío, de esa mezcla en la que tantas cosas contrarias se rechazan y se armonizan, de ese medio, en fin, tan importante en el que nuestra vida entera se desliza y pasa. De sus fórmulas es indispensable tener una idea justa.

No es cosa fácil pintarlas, porque esto sería escribir un libro dentro de otro libro; sin embargo, como esta obra ha de ser útil, se necesita abordar asunto tan delicado y tratar de lo que tantos otros trataron antes.

El mundo es el fondo inescrutable entregado a nuestras eternas controversias. La razón es sencilla: todos los días la sociedad se modifica y se transforma. Cada época tiene costumbres particulares y pasiones dominantes, y forma un cuadro que sin cesar cambia y varía; de aquí tantos juicios contrarios, tantas apreciaciones diversas sobre hechos que desde lejos nos parecían falsamente idénticos.

Sin duda el fondo humano queda siempre poco más o menos el mismo, y sin embargo, parece que sufre una transformación lenta, constante y profunda. Si se abre cualquier libro de historia, en cada una de sus páginas encontramos la demostración y la prueba. ¡Qué cambio ha operado en las costumbres generales el siglo último si lo observamos desde este punto de vista! Estas modificaciones sucesivas no las vemos clara y precisamente, porque estamos mezclados en ellas, y somos más actores que es-

pectadores, así como tampoco sentimos bajo nuestros pies la rotación de la tierra.

El movimiento de las sociedades humanas es tan perpetuo como el de los astros, y lo han analizado los escritores moralistas sin poderse poner de acuerdo. Se pueden dividir los autores en dos clases, cada una de las cuales admite numerosas subdivisiones; unos sólo ven la perfección en el pasado, otros en el porvenir. Los primeros no reconocen más que perversidad y malicia en la sociedad humana y la creen llena de peligros y sentimientos malvados; a partir de esta idea, se dedicaron a revelar los malos instintos y las condiciones deplorables; son verdaderos Jeremías. Creyéndolos a ellos, ninguna virtud florece, la dulzura es cálculo, la educación hipocresía, y en el fondo de todo se encuentran las brutalidades y las concupiscencias del egoísmo; el mejor y el menos personal de los hombres, Helvetius, ha dicho esto en un libro que tuvo su hora de celebridad: «En los afectos más sublimes se pueden descubrir los cálculos de los intereses más sórdidos». Así, sin pensarlo, sin quererlo, lo destruyen todo, hasta la familia, que reposa sobre los sentimientos más nobles y tiernos. Estos libros no son verdaderos y ejercen sobre la educación y sobre las costumbres un influjo funesto. Es realmente muy malo llevar a espíritus jóvenes tales desconfianzas y educarlos en los temores suficientes para helear sus más nobles instintos y despojarlos de todo entusiasmo, de toda sinceridad, de toda creencia en lo bueno y en lo bello y en toda esperanza generosa.

¿Qué puede pensarse, por ejemplo, del moralista que dice: «Vivid con vuestro amigo como si algún día debiera ser enemigo vuestro», y del otro que escribe: «¿Amigos? No hay amigos»? A la verdad, tales doctrinas sólo son buenas para volvernos a los trajes de pieles con que se cubrían nuestros antepasados durante su vida oculta entre la espesura de los bosques. ¿Qué orientación dan a los espíritus jóvenes con tales máximas? Con el miedo se for-

man inevitablemente naturalezas suspicaces, estrechas, egoístas, y sin ventaja para ella se descorazona a la juventud. ¿Cómo han de ambicionar un puesto en una sociedad de la que se les muestran los miembros infectos y las pasiones odiosas? Hay que cuidar de que los argumentos no se vuelvan contra nosotros mismos, y según la doctrina cristiana, todos serán juzgados como juzgaron.

Los optimistas no están más dentro de la realidad: el mundo de hoy nada tiene de común con aquellos tiempos fabulosos a los que llamaron los poetas edad de oro. Es una mezcla de bien y mal, de luces y tinieblas, de días felices y días sombríos; de ciencia y error, de dicha y miseria; los buenos y los malos, los honrados y los bribones viven juntos; es una arena por donde las generaciones pasean todos sus deseos prudentes o culpables; pero sobre todo reina la ciencia, domina la inteligencia y preside la honradez.

Al entrar en la sociedad, hay que mirarla con sangre fría, tomarla como es, sin ideas preconcebidas, con sus excelencias y sus vicios, sus mentiras y sus aspiraciones más elevadas. No hay que creer que la fuerza es el primer derecho, lo son la astucia y la probidad. La sociedad no es así, pero en ella no sirven de mucho la credulidad ingenua y la confianza infantil. Se necesita tomar en los consejos de la familia y en las enseñanzas de una buena educación el hábito de examinar los hombres y las cosas y de penetrar en su interior; formarnos un juicio sano y después marchar en línea recta con la cabeza alta y sin locos temores. Esto importa mucho a los jóvenes y a las jóvenes. Los tiempos presentes no son más amargos que los anteriores. No creo que hoy sean las cosas más difíciles que ayer. ¿Fue alguna época mejor que la nuestra en la forma y en el fondo? Para responder es preciso determinar un dato y no salir del paso con vanas declamaciones. Es imposible negar que ha crecido la inteligencia general y se han dulcificado las costumbres. El número de los plebeyos que lle-

garon arriba honradamente, rodeados de la estimación pública, es tan considerable, que la sociedad está llena de hombres y mujeres procedentes de un origen humilde. Para esto se necesita cierto saber; pero ¿el saber es cosa fácil? ¿Han ganado los métodos en claridad y se abren escuelas para todos los que quieren aprender? Si hojeamos la primera biografía que llega a nuestras manos, veremos las miserias de los sabios antiguos a quienes debemos bendecir y de los artistas que son la honra del género humano y proceden de un humilde linaje, desde el cual elevaronse hasta la inmortalidad; para los que siguen sus huellas, el camino es claro, pero menos largo y menos trabajoso.

En el seno de la sociedad nueva, como en el seno de la sociedad antigua, nada se adquiere sin voluntad y sin esfuerzo: ésta es una ley de la Naturaleza, pero aplicada a la voluntad, y hecho el esfuerzo, las personas estudiosas y arregladas alcanzan hoy éxitos extraordinarios.

Para llegar a vivir en paz con su conciencia, hay que tener presente una palabra, una palabra de sentido profundo, de la que hay que penetrarse en tal forma, que sea la regla de todos los actos: *el deber*. Un ilustre americano escribió a uno de sus hijos las siguientes líneas:

«Esfuézate siempre por ser franco con todos; la franqueza es hija del valor y de la honradez: debemos decir exactamente en toda ocasión lo que tenemos intención de hacer, sin dejar dudas acerca de nuestra sinceridad. Si un amigo te pide un servicio, hay que prestárselo si es razonable, y en el caso contrario, decirle francamente por qué se lo negamos: todo subterfugio sería indigno de uno y de otro. Jamás ha de obrarse mal por adquirir o guardar un amigo: quien se da a este precio nunca valdrá el sacrificio que se hace...

»En cuanto a lo que es el deber, voy a contarte lo que sucedió hace cerca de cien años en un día de eclipse conocido bajo el nombre de *día negro*, en el que la luz del

sol quedó extinta durante algún tiempo. La Asamblea Legislativa de Connecticut estaba en sesión; en presencia del fenómeno, los miembros sintieron un terror general; muchos de ellos creyeron llegado el fin del mundo; en aquel momento un viejo puritano se levantó y dijo que si efectivamente era el día fatal, quería que a él lo encontrara en su puesto, cumpliendo su deber, y a este fin propuso que trajeran luces para que continuara la sesión. En aquel hombre brillaba una calma sobrenatural y resplandecían una voluntad inflexible y una gran tranquilidad de espíritu. La palabra *deber* es la más sublime de nuestra lengua; procuremos imitar en todas las cosas al viejo puritano y que jamás por una falta nuestra salga un cabello blanco en la cabeza de nuestros padres».

Pues bien; en la sociedad se encuentran muchos hombres y muchas mujeres que comprenden el deber como el viejo puritano. Cierto es que hay otros que no observan la misma conducta, pero saben que hacen mal aunque su posición social sea buena y el mundo se muestre muy indulgente con ellos. Si bien se observa en los círculos y los salones donde concurren, les sonreirán acaso amablemente, pero bajo esta sonrisa se descubre un rasgo de conmiseración o desprecio, espectáculo bastante triste y tan común, que no hay más que volver los ojos para encontrarlo.

Es engañar a la juventud o educarla mal no decirle que la sociedad vive sobre un fondo de moral muy sólido y que contra los que faltan a ella tarde o pronto ejerce sus más justas severidades.

Puede recibir a los culpables y hasta infames, cubiertos por su fortuna o su rango; pero esto no influye sobre la posición inferior que les asigna la consideración pública.

Al entrar en el mundo debemos tener la convicción de que entramos en un ambiente honrado, en el cual los actos no siempre están de acuerdo con las máximas; pero sabiendo que el mal es mal, se respeta el honor y se sos-

tienen los caracteres legales. Perdonará mucho la sociedad a la juventud indudablemente; pero sin embargo, no confiemos en esta indulgencia ni abusemos de ella, porque no tardará mucho en pedirnos cuenta de nuestros actos si no empleamos todos los refinamientos de la elegancia, el buen tono y la conducta recta para no temer a sus justas sentencias.

Se ha dicho que el mundo era un ambiente honrado, mas no todo es bueno en él.

Hay que elegir con tino las relaciones que se han de contraer y las que se han de evitar. En general, la compañía de los buenos y de los malos se admite insensiblemente. Jamás ha de sufrirse que en nuestra presencia se ataquen o se pongan en ridículo las verdades que sirven de base a la sociedad y a la moral; los hombres deben imponer silencio a la corrupción, de cualquier forma que se presente encubierta; las mujeres deben alejarse y condenar con la mirada cualquier cosa que digan en este sentido.

Entremos ahora en algunos detalles a pesar de la igualdad impuesta por las costumbres y dictada por las leyes a todas las clases sociales, no se encuentran los mismos hábitos ni las mismas formas de lenguaje, y es probable que pase mucho tiempo antes de que lleguemos a la igualdad perfecta pregonada por algunos sociólogos. Mientras las cosas estén así, cada hombre, y con mayor razón cada mujer, sólo deben constituir su sociedad con personas de condiciones asimilables a las suyas, si bien tratando siempre de elevarse con discreción a las regiones más altas; descender valdría tanto como hacer una renuncia. En el círculo en que se ha nacido y se ha perfeccionado la educación, es donde más conviene vivir, porque allí es donde nos encontramos más a nuestro gusto y brillarán con más intensidad las cualidades de que nos han dotado la Naturaleza y el trabajo. En otra parte tal vez estaríamos bien; pero sobre todo, las mujeres se hallarían un poco extrañas

por no encontrar la cortesía y el lenguaje a que están acostumbradas. Por mil accidentes, sin embargo, puede una persona encontrarse en esa esfera, y en tal caso, ha de procurar no mortificar con el rigorismo presuntuoso de sus maneras a las personas que sólo han de pensar en agradecerlas. No ha de tomarse jamás la actitud de «honrarlas con nuestra presencia»; esto sería ridículo, y además, podría inducir las a humillarnos. Hay que mostrarse dignos, pero cariñosos y amables, y ninguna ocasión mejor para desplegar esa gracia que engendra la buena educación. Si, por el contrario, se va a salones pertenecientes a clases más elevadas, hay que tratar, ante todo, de dominar el temor que puedan inspirar, a fin de guardar la medida y probar la suficiencia que se posee. No debemos ofendernos por nada, y pensar que del comportamiento que se guarde depende el sitio que se ocupará; este sitio será encantador si se siguen los consejos apuntados, suficientes por sí solos para servir de pauta en la buena sociedad; pero además de esto, en el presente libro entraremos en los minuciosos detalles necesarios a la vida en un medio distinguido y elegante.

LAS RELACIONES ENTRE NOVIOS

En España es el matrimonio el acto más importante de la vida. Para los jóvenes es el comienzo de una existencia seria y útil; para las jóvenes la realización de los sueños y legítimas esperanzas de dicha de toda criatura humana.

El ideal de las jóvenes es encontrar un compañero que las ame por ellas mismas, y su afección suele ser desinteresada y hasta imprudente si los padres no procuran regularla y la sociedad imponerle sus leyes.

La vida de una joven empieza a delinarse con personalidad propia en su noviazgo. Sometida su inclinación a la experiencia de los padres, el novio habrá de visitarlos para pedir su consentimiento, generalmente acompañado de sus padres o de persona respetable en su defecto.

A esta primera visita es de buen tono que no esté presente la novia hasta que su madre la haga llamar. Es preciso dejar tiempo al novio para que exprese a sus futuros suegros sus sentimientos de gratitud y de satisfacción. La presencia de su amada podría turbarle y hasta colocarlo en ridículo.

A partir de este momento, el novio está autorizado para visitar a su futura; pero el número de estas visitas depende de multitud de circunstancias. En el gran mundo se observan siempre pocas reglas de etiqueta, porque la fortuna autoriza una multitud de licencias que no arraigan en medios más modestos. Los mundanos buscan no sólo huir de los caminos trillados, sino que también se permiten audacias que la posición sólo autoriza.

En la burguesía hay más conveniencias que respetar, y las visitas no deben ser demasiado asiduas; las primeras, sobre todo, cortas y ceremoniosas, y como hora más a propósito de hacerlas, desde las tres de la tarde en adelante.

En algunos países existe la costumbre de que los jóvenes prometidos salgan solos, sin otro guardián que su propia conciencia; pero este uso ofrece muchos inconvenientes y no se practica en España más que entre las clases obreras de las grandes ciudades. Si el matrimonio se rompe, es desagradable pensar que la joven ha sido vista paseando al lado de un hombre que la consideraba ya como suya, y al que el azar o la fatalidad le ha hecho descender al rango de extraño. Sin embargo, entre este exceso de libertad y la soledad que reclaman los prometidos hay un término medio. Es preciso que los padres se penetren bien de esta idea y que en las semanas que preceden al matrimonio puedan conversar libremente y cambiar impresiones y proyectos para el porvenir. Sería cruel privar de este desahogo a dos seres que se van a unir y a los que es necesaria cierta intimidad para conocerse.

Horas antes de hacer su primera visita, el novio debe enviar a su amada un *bouquet* enteramente blanco, y a partir de este día, hasta el matrimonio, con frecuencia flores, demostrando en su arreglo su gusto y su iniciativa personal, de modo que ella conozca por la originalidad que es una mano querida y no una vulgar florista la que las combinó. Si la joven tiene hermanas, el novio demostrará buen gusto enviándoles también ramos de flores.

Una moda antigua exigía que los *bouquets* fuesen pasando desde el blanco puro al rojo vivo; pero hoy no existe, y a no mediar gusto por determinado color se prefieren los *bouquets* blancos, como símbolo de la candidez y la inocencia.

Las flores naturales son siempre las más bellas; una docena de rosas con sus hojas y sus tallos son más graciosas

que esas desdichadas flores martirizadas con alambres para formar monótonos *bouquets*. Sin embargo, es menester alternar estos ramos sencillos con las *corbeilles*, vasos y cestas de flores.

En cuanto a regalos de más valor, el primero que está autorizado a hacer el novio es la sortija de desposorio, primer anillo de la cadena que ha de unirlos para toda la vida. Otras veces se exigía que esta joya fuese siempre de perlas o brillantes. Hoy se tolera todo, pero son de aconsejar esas mismas piedras. Las perlas, especialmente, son las joyas que convienen mejor a las jóvenes, no tanto por su valor intrínseco como por su color y su pureza, que las hace un símbolo encantador.

Este regalo debe ser hecho el día de la comida de novios, que es costumbre ofrezcan los padres de la joven para participar a sus amigos el próximo enlace de su hija. En varias partes hay la costumbre de que los padres de la joven pedida en matrimonio envíen cartas a sus conocimientos, concebidas en estos términos: «El señor y la señora de M tienen el honor de participar a usted el próximo enlace de su hija Matilde con don Juan Jiménez». (Y a continuación los títulos de ingeniero, doctor, etc.). Esta costumbre es encantadora cuando nada viene a turbar el dulce sueño de ventura; pero en caso de terminar las relaciones es muy doloroso a la joven tener que dar a todos una explicación penosa.

En la comida llamada de petitorio, ofrecida por los padres de la novia, deben reunirse los miembros más próximos de su familia, el futuro yerno, sus padres y los amigos íntimos. Se dará a esta comida todo el realce posible; las flores guarnecerán el comedor y la mesa, y el servicio, los manjares y los vinos no han de dar pasto a la crítica.

Los dos prometidos se colocan uno al lado del otro en uno de los extremos de la mesa, pues los puestos de honor se reservan a los padres del novio. Cerca de los postres, en el momento en que nadie se ocupe de ellos, el fu-

turo marido ofrecerá la sortija a su prometida con algunas palabras afectuosas. Cuando ella admire la joya, le pedirá él permiso para colocársela en el dedo, y puede besarle la mano con delicadeza al acabar tan grata tarea.

Como protagonista, en la cual se fijan todas las miradas, la *toilette*, que en estas circunstancias ha de vestir la novia reclama grandes atenciones para distinguirse por su buen gusto: un traje claro, ligero, de forma sencilla, es lo más recomendable. Los encajes, la seda, el terciopelo y los adornos la harían aparecer como una coqueta pródiga y frívola. Nada es más seductor ni más en consonancia con la gracia y encanto virginal que un vestido blanco, de tejido sencillo y forma lisa y seductora.

De la misma manera podría aconsejarse la ausencia completa de joyas, a no ser de poco valor material y gran mérito artístico. Sin embargo, este rigor, que parecerá excesivo a las jóvenes, no es obligatorio y pueden permitirse un brazalete, una sortija, un broche pequeño, los aretes y el reloj, siempre que no se abuse. La novia puede llevar algunos adornos en los cabellos y en el pecho una flor del *bouquet* ofrecido por el futuro.

Se necesita mucho tacto de parte de los jóvenes prometidos para saber conducirse en público. Jamás han de perder de vista que son el blanco de la sociedad y que todos sus actos se prestan a la crítica de los asistentes. Así es que tienen que evitar los frecuentes apartes y los cuchicheos, para aparecer sencillos, cordiales, esforzándose por atender a todos y no monopolizar la conversación.

La novia no debe privarse de aceptar las invitaciones que se le hagan para bailes y fiestas, siempre que se invite también a su futuro, circunstancia que tendrán en cuenta los amigos de la familia para reunir a la dichosa pareja.

Una vez en sociedad o en un baile, será de mal gusto aislarse en un salón o retirarse a conversar, revelando con miradas excesivas y actitudes coquetas el grado del afecto que se inspiran. Se comprende que bailen juntos con pre-

ferencia, pero sin olvidar que se deben también un poco al mundo, para no negarse a bailar con los amigos de una y de otro. Si el novio ha de ofrecer el brazo a su futura para salir con ella porque ya otras personas hayan dado el suyo a las señoras que la acompañan, debe primero solicitar permiso de la madre o de quienes hagan sus veces.

De la misma manera, en caso de ausencia, ha de pedir autorización a los padres para escribirse con su amada.

Lo más correcto es que la joven muestre las cartas que recibe y las que escribe a su madre, pero no se debe olvidar que hay un cierto pudor en inmiscuir a los padres en las expansiones del amor. Así a una joven bien educada que observa siempre las reglas de severa moral, puede dispensársela de esta inspección a su correspondencia íntima, en la seguridad de que no cometerá infracciones de las leyes del pudor y la reserva.
